

en sí heríamos creencias ó despertábamos suspicacias, y con mal acuerdo nos regañaron, pues en nosotras no había malicia.

He contado este incidente, porque influyó mucho sobre el resto de mi estancia en el convento, y aun sobre el resto de mi existencia. Permita Dios que no influya en mi salvación eterna. Es lo que probablemente sabré dentro de poco.

III

He prometido una historia, y voy á contarla. Levantó gran polvareda en su tiempo, y sin embargo, pocos son los que hoy se acuerdan de ella. Los actores murieron, los hijos de éstos viven dichosos en medio de las riquezas, que es decir que están muy lejos de ellos los infortunios de sus padres.

Yo, que he dejado de presenciar lo que pasa, veo constantemente lo pasado; medito sobre mis recuerdos, y nunca agradeceré lo bastante al señor Walpole el haberme imbuido la idea de darlos á conocer. Es para mí gratisimo pasatiempo.

Entre mis condiscípulas figuraban las señoritas de Roquelaure, hijas de la duquesa de Roquelaure, amada de Luis XIV por espacio de algunos meses; riquísimas herederas, pero feas como ellas solas, máxime la mayor, que, además, era jorobada. Tenían aquéllas una aya llamada Peulier, la cual pasaba su vida haciendo una especie de dulces de melote y no sé qué otra porquería. Interin, sus discípulas corrteaban con nosotras, inventando y ejecutando mil travesuras, con escándalo de las monjas, y sin que la señora Paulier hiciese el más leve caso.

Yo estaba á partir un piñón con la mayor de las Roquelaure, talentosa y divertida en grado sumo. Juntas nos reíamos continuamente.

Mi amiga me llevaba consigo á casa de su madre, y también á casa de la Vieuville, amiga íntima de la duquesa, que la hacía salir á menudo; sólo á ella le permitían eso.

Cierto día, desde el locutorio y en hora insólita, enviaron por la señorita de Roquelaure, que pasó allí largo tiempo, y regresó hecha un ascua y conmovida hasta el punto de no oír lo que en torno de ella decían. Yo fui la primera en notarlo; por otra parte, ella me buscaba con los ojos, y me hizo disimuladamente una señal para que saliésemos de la clase, á lo que deferí.

— ¡Ah! mi buena amiga—me dijo la señorita de Roquelaure cuando estuvimos solas,—me ocurren grandes novedades.

— ¿Qué pasa?

— Me casan.

— ¿Con quién?

— Con el príncipe de León, hijo de los duques de Rohán, y sobrino de la señora de Subisa.

— ¿Está V. contenta? Ha de estarlo V.

— Realmente lo estoy. Acabo de ver al príncipe, y me gusta.

— ¿Es apuesto, guapo?

— Ni guapo ni apuesto, pero me gusta. Tiene talento y parece que yo le plazco.

— Miel sobre hojuelas.

— Está rico, y yo también lo estoy. Tendremos la casa montada á lo grande. Ya irá V. á verme. Casaré á V. con algún señor. Será V. dichosa, todos lo seremos.

— ¡Ay! ojalá; pero no creo en la dicha.

Mi amiga empezó entonces á cantarme, en todos

los tonos, alabanzas del príncipe de León. Yo la escuchaba piadosamente, y aun la creía, aunque sin dejar de reirme un poco interiormente. Sin poder irme á la mano, miraba yo la giba de la señorita de Roquelaure, y su cara, todavía más protuberante, y no me cansaba de admirarme que el dinero hiciese desaparecer tantos defectos.

Para la mejor inteligencia del relato, conviene saber lo que era el príncipe de León, héroe de este lance; la Roquelaure no lo sospechaba ni remotamente, y yo menos que ella, pues á la sazón mi ignorancia respecto de la sociedad y de la corte era absoluta.

El príncipe de León era mozo de elevada estatura, muy feo; andaba como un borracho, y se movía desmadejadamente. Hizo una campaña sin tomarse ninguna molestia; luego volvió diciendo que estaba enfermo y sin fuerzas para continuar sirviendo, y se plantó en París, de donde no salía sino cuando le era indispensable hacer la corte. De clarísimo y cultivado ingenio y de modales finísimos, pese á su fealdad sobresalía en todas partes. Jugador consumado y desprendido, ganaba con bastante frecuencia y gastaba pródigamente para sí; pero no hacía ningún favor, fuese de la índole que fuese. Caprichoso y testarudo, á nada cedía; para él no había más dios que su voluntad, y nunca modificaba sus decisiones.

Habíase el de León enamorado de una comedianta llamada la Florencia, en quien el duque de Orleáns tuviera un hijo, el cura Saint-Phar, después arzobispo de Cambrai, y una hija que casó con el teniente general Segur.

La Florencia era hermosa, diestra y práctica, y de tal suerte hechizó al príncipe de León, que éste, loco por ella, ya no volvió á dejarla. Los señores de Rohán, temerosos de que el príncipe casase con la comedianta, buscaron el modo de deshacerse de ésta.

El príncipe hubo en la Florencia tres hijos, y la alojó en las Thernes, linda casa situada en las alamedas de Roule, y la colmó de regalos, sin contar lo demás.

La tal Florencia no era agradable, y nunca he comprendido la pasión del duque de Orleáns y del príncipe de León por ella. No obstante su hermosura, tenía el aspecto maligno. Que el de León se hubiese enamorado de aquella mujer ¡pse! ¡pero el duque de Orleáns!

El príncipe obtuvo en aquel entonces la presidencia de los estados de Bretaña, que le cedió su padre, alternando con el señor de la Tremoille, como era su derecho.

Tuvo, pues, el de León que salir para Dinán, y le costó grandemente separarse de su amante; la cual no se apuraba por nada, y mientras él se desesperaba á sus pies, encogió los hombros y le dijo:

— Es V. muy simple; lléveme V. consigo.

— ¡Llévarte conmigo, amada mía! ¡llevarte á la Bretaña, á los estados, donde voy á presidir la nobleza!

— ¿Por qué no?

— Esto no se ha visto nunca.

— Pues se verá.

— Te apedrearán, te expulsarán, Florencia mía.

— ¡Bah! ¡en la carroza de V.!

— ¡En mi carroza!

— En su carroza, con sus seis caballos, sus lacayos, sus guardías, ¿qué sé yo? ¿Quién diablos será capaz de conocerme? Me tomarán por una dama principal. Comedianta soy, y sabré representar mi papel. Ya verá V., los bajobretones me harán la reverencia.

— Quizás eso sería divertido; pero es una locura.

— ¡Una locura! ¿Por qué? Si V. quiere, hecho está.

— Ea, no quiero desairarte. Vendrás conmigo.

La Florencia fué á Dinán en la carroza del príncipe, tomó una actitud compungida y casta, y se hizo admirar por la modestia y severidad de sus vestidos. Los buenos bretones nada sospecharon, hasta un día en que algunos cortesanos de paso la conocieron y la desenmascararon, levantando con ello un clamor universal.

El de León casi fué insultado en plena sesión de los estados, por aquellos dignos varones, exaltados por tal atrevimiento. Por fortuna, Florencia no vivía en Dinán, sino en una casa algo distante de la ciudad; donde no, le hubieran jugado una mala pasada. La reflexión y la longitud del camino la salvaron. Pero no por eso dejaron de dirigir al príncipe los más duros cargos.

—¡Comprometer á nuestras hijas y á nuestras mujeres con un tipo semejante!—decían los ofendidos.

—¿No es más que eso?—replicaba encolerizado el joven. —Casaré con ella, y sus esposas de Vds. se tendrán por muy honradas con servirla.

Estas palabras llegaron á oídos de los nobles, que se indignaron, y sobre todo fueron transmitidas al duque de Rohán, el cual se alarmó grandemente y echó una seria reprimenda á su hijo al regresar éste á París, ofreciéndole asegurar una renta de cinco mil libras á la Florencia para que se separase de ella, y cuidar de sus hijos. Esto y más que ofreció el duque no hizo mella en el ánimo del príncipe, que nada quiso escuchar.

El duque de Rohán, desesperanzado y no sabiendo qué partido tomar, fuese á ver á su hermana la señora de Subisa, no obstante estar enemistados, y le suplicó que lo socorriese en aquel apremiante peligro.

La señora de Subisa, omnipotente en tiempo del difunto rey, impetró de éste que recibiese al príncipe de León y le hiciese desistir de su proyecto de boda,

Luis XIV accedió á la demanda, y llamó á su presencia al príncipe.

Pero el de León era hábil, y derribándose de rodillas á los pies del monarca, le pintó su amor, su desventura, lo enterneció en pro de sus hijos, cuerda sensibilísima, á causa de los bastardos queridos del rey, y supo conquistarlo de tal suerte, que al separarse, hizo aquél el elogio del joven, y se compadeció de la desdicha del padre.

Robada Florencia de su casa de Thernes, la encerraron en un convento. Hecho esto, el señor de Rohán declaró á su hijo que le quitaba los alimentos y no le daría un maravedís, si no consentía en un casamiento cual le convenía á él hacerlo, y como lo efectuaría tan pronto le manifestase el deseo de realizarlo.

El príncipe, enfurecido, separóse de su familia, jurando que nunca jamás volvería á verla, é hizo todas las extravagancias del mundo, durante más de dos años, hasta que se cansó, pues no le devolvieron la comedianta, y el hambre lo disgustó. Entonces fué cuando le hablaron de la señorita de Roquelaure, y tanta prisa tenía el joven de volver á la gracia de su familia y de recobrar su perdida representación oficial, que halló hechicera á aquélla, y anheló con tanta vehemencia aquella alianza cuanto hasta entonces la había repelido.

Era una buena solución para todos, que se apresuraron á llevarla á cabo, y las cosas se presentaron bien hasta el contrato.

La señorita de Roquelaure estaba loca de alegría, y desde la mañana hasta la noche nos hablaba de su novio; y tanto la apremiaba apresurar el gran día de la firma, que á las diez de la mañana se puso un llorón de perlas finas, que daba á su joroba y á su rostro un aspecto marcial que nos despertó largamente la risa.

Por la tarde, la señorita de Roquelaure volvió alicaída y con el llorón más llorón que nunca. Todo estaba deshecho.

La duquesa de Roquelaure había exigido al señor de Rohán que diese más crecido dote á su hijo; pero el duque y su mujer, roñosos y avaros, negáronse á la pretensión.

Ambas partes se estuvieron en sus trece, se echaron mutuamente en rostro injurias no consentidas por la buena educación, y separáronse más enfurecidos que si hubiesen sido unos y otros zapateros de viejo.

La señorita de Roquelaure pasó la noche en un desmayo, y yo cuidé de ella lo mejor que supe.

— ¡Oh! ¡mi querido príncipe! ¡mi querido príncipe! — decía á cada instante la cuitada.

Con ser yo casi una niña, el amor y la tragedia parecíanme demasiado desagradables para tomarlos á pechos. Si algo me inspiraban era el deseo de chancearme.

Al otro día, mi amiga recibió una carta para ella la más apasionada.

En su escrito, el príncipe solicitaba de la señorita de Roquelaure que bajase al locutorio, á fin de comunicarle un secreto importantísimo. Decía, además, el príncipe, que estaba desesperado y no podía vivir sin ella; que sus padres eran unos monstruos, unos bárbaros que querían separarlos; y que en cuanto á él, estaba firmemente decidido á no soportarlo.

La señorita de Roquelaure contestó al príncipe, diciéndole que lo recibiría, que correspondía á sus afectos, y que estaba dispuesta á secundarlo en todo.

Tenia, mi amiga, veinticuatro años, conocía la mezquindad de su madre, y temía cervicalmente que ésta dejase de casarla para no soltar el dote.

El príncipe, por su parte, temía que le propusie-

sen casamientos sin efectuarlos, para no darle nada. Ambos tomaban el amor como pretexto; pero en la esencia no había más que un medio abominable de no encontrar partidos, y de pasar la vida bajo el dominio de sus progenitores.

Los dos, emprendedores y atrevidos, se vieron, y su entrevista decidió su porvenir.

IV

Sin haberlo solicitado, estuve presente al coloquio.

El príncipe, al vernos, se derribó de rodillas, derramando lágrimas, y alzando al cielo los ojos y las manos, exclamó:

— ¡Señorita! ¡señorita!

— ¡Ah! ¡príncipe mío! — profirió la de Roquelaure tapándose los ojos con la mona, como una Ifigenia en Aulida.

— Las cosas no pueden pasar de esta manera — dijo el príncipe; — no nos separarán, no seremos víctimas de nuestros padres, de su avaricia.

— Lo reflexionarán mejor, — dije yo interviniendo.

— No, señorita, no se volverán atrás — profirió el príncipe; V. no los conoce. — Dejarán que la señorita de Roquelaure se pudra en el convento, y esto acarreará mi muerte.

— Sin embargo, son ellos los que han ideado esa boda; ellos los que nos han puesto en relaciones á los dos y hecho que nos amásemos. Nuestra unión les había parecido conveniente, y ahora la rompen. ¡Válgame Dios! ¿qué hacer?

— Señorita, no seamos incautos,

— ¿Qué me propone V.?

— No cabe hacer sino eso.

— ¿Qué? No le comprendo á V., ni quiero comprenderlo.

Al hablar así, la señorita de Roquelaure se apoyaba en mi hombro, evitando mirar á su Alcindor, que, con los ojos desencajados por la rabia, nada tenía de simpático.

— No me cansaré de repetírselo á V., señorita — dijo el príncipe: — sólo nos queda una solución. Tenga V. alientos para aceptarla, y todo irá bien. Autorízame V. para que la robe de aquí, me la lleve conmigo y la conduzca al altar.

Mi amiga lanzó una gran voz y escondió la cabeza en mi espalda. Con todo, noté que ya no lloraba, y que escuchaba atentamente.

— Sí — prosiguió el príncipe, — nos casaremos, y sea cual fuere la cólera de nuestros padres, tarde ó temprano se calmarán. Estaremos casados, y bien casados, y no podrán deshacer nuestra unión, y nos libraremos de sus caprichos.

— Caballero...

— Por favor, señorita, déjese V. enternecer.

Ella de Roquelaure se hizo bastante de rogar, para cubrir las apariencias; pero, por fin, el príncipe le arrancó un consentimiento que ella, indudablemente, ardía en deseos de darle.

Sólo faltaba saber cómo llevarían á cabo su resolución.

El príncipe pidió á la señorita de Roquelaure tres días para prepararlo todo, y le juró que pasarían una vida venturosa.

A mí me hicieron jurar también que guardaría el secreto, y los tres juramos.

Creo que mi amiga y el príncipe hubieran querido verse libres de mi presencia; pero era indispensable

la de un tercero, y yo les inspiraba menos temor que el aya.

Estábamos solos, y aun no se había prohibido recibir personalmente al príncipe en el locutorio, pues nadie sospechaba que el joven se presentase en él tan pronto. Aquella fué la última vez, y nunca he sabido cómo se las compusieron para corresponder en seguida.

Desde aquel instante, sólo reclamaron de mí el silencio, y lo guardé fielmente, como era debido.

Sabido es que las señoritas de Roquelaure únicamente salían para ir á casa de la señora de Vieuville, amiga íntima de la duquesa, ó bien con sus padres. Juntas ó por separado, las acompañaba su aya, y eso lo sabía el señor de León.

Hizo éste aparejar una carroza de iguales formas y guarniciones que la de madama de Vieuville, vistió con la librea de ésta á tres lacayos, contrahizo una carta de aquella dama y la selló con el escudo de armas de la misma señora, y en cierta mañana de Mayo envió la carroza á la Magdalena, donde los lacayos preguntaron por la mayor de las señoritas de Roquelaure. Esta, bien imbuída, llevó la carta á la madre abadesa, y obtuvo sin dificultad el acostumbrado permiso.

Vi salir á mi condiscípula, y noté en ella un no sé qué de conquistadora que me asombró, y no acerté á explicarme hasta más adelante.

La señorita de Roquelaure y el aya subieron á la carroza, que se detuvo al doblar la primera calle, donde estaba aguardando el príncipe de León, el cual mandó abrir la portezuela y se acomodó junto á su adorado tormento, que se apresuró á hacerle sitio, mientras el aya se quedaba como quien ve visiones.

El cochero fustigó á los caballos, y la señora Peulier empezó á gritar desaforadamente. Entonces el de

León, sin andarse con chiquitas, sujetó ambas manos al aya, con ayuda de la pupila, y le metió un pañuelo en la boca, apretándolo con todas sus fuerzas. Entretanto la señorita de Roquelaure peroraba, esforzándose en hacer comprender al aya que la interesaba servirlos.

La carroza se trasladó derechamente á los Brezos, casa de campo del duque de Lorges, cercana á Menil-montant. El duque les estaba esperando allí, con el conde de Rieux, amigos particulares entrambos del príncipe de León.

Previamente apalabrado, en la casa de los Brezos se encontraba un cura bretón en entredicho, sujeto de pésimos antecedentes, que no dejó por eso de casar al príncipe y á la señorita de Roquelaure en presencia de los dos señores. Luego condujeron á los novios á una cámara donde estaban dispuestos el tálamo y los tocadores, y allí y por espacio de dos ó tres horas los dejaron solos; después sentáronse todos á la mesa y cenaron alegremente, menos el aya, que, teniéndose por perdida, no cesaba de llorar.

La novia fué la que se mostró más alegre: cantó, dijo desatinos, habló de su felicidad como quien conoce todo el valor de ella, y juró que ahora que era princesa de León no consentiría tutelas y que así lo demostraría á cuantos lo pusiesen en duda. En cenando, hicieron subir de nuevo á la de Roquelaure y á su aya á la carroza, y las trasladaron otra vez al convento.

La señora princesa se encaminó á la celda de la madre abadesa, donde hizo una entrada magnífica, alta la frente y seguida de la señora Peulier, que no podía tenerse en pie.

— Señora — dijo la flamante princesa al abrir la puerta, — es menester que V. sepa que estoy casada, y que lo hecho no puede deshacerse,

— ¡Jesús, María! ¿qué me dice V.? — exclamó la abadesa. — No puede ser.

— Es. Pregúnteselo V. á la señora Peulier, que está llorando y lo ha presenciado todo.

— ¡Ay! demasiado cierto es, por desgracia — exclamó el aya sollozando.

Y la buena señora y la madre abadesa rompieron en tales voces, que agruparon á todo el convento, monjas y pensionistas, que hicieron coro con aquéllas.

En medio de aquel alboroto, la señora de León se paseaba estregándose las manos, muy tranquila, mirándonos una á una.

— Bueno ¿y qué? — profirió la novia. — ¿Qué aprovecha vocear de esta suerte? Estoy casada, y bien casada, y se acabó... Permítanme Vds. que me vaya para escribir á mi madre, declarárselo todo, é impetrar su perdón, si quiere otorgármelo.

La señora de León pasó arrogante y enajenada de gozo. Nunca hubo joroba que se encontrase en tal fiesta.

Escribió la novia su carta, mientras el aya trazaba otra en la cual notificaba á la duquesa las violencias de que la habían hecho objeto, su desesperación, sus justificaciones, y toda la historia de la apócrifa señora de Vieuville.

En nada estuvo como la duquesa no reventó de cólera. En su primer arranque, acusó á su amiga, y le dijo palabras gordas, que aquélla no supo á qué tiraban.

La señora de Vieuville se vió y se deseó para hacer comprender á la duquesa que ella no la había vendido y que lo ignoraba todo.

Madama de Roquelaure, no sabiendo contra quién desfogarse, entigrecida, se revolvió contra el señor de León, el cual, después del rompimiento, la había distraído de tal suerte, que obtuviera de ella la pro-

mesa de una amistad eterna. Entonces vió la duquesa que el príncipe se burlaba de su complacencia, y con sus propias manos lo hubiera hecho trizas.

En cuanto á su hija, era preciso impedir que la viese, porque Dios sabe á qué extremos habría llegado la duquesa, que no podía perdonar las canciones cantadas en la casa de los Brezos.

— La descarada ha cantado, cuando hubiera debido morir de vergüenza — decía la señora de Roquelaure.

— ¡Bah! — profería su hija con ademán resuelto, — me he casado sola; donde no, mi señora madre me habría dejado soltera toda mi vida.

Lo mejor del caso fué que el de Rohán y su mujer se desataron en gritos de pavo rabioso, como si les hubiesen robado una joven virgen. Nunca se gritó tanto como en aquel asunto; era una verdadera epidemia. Las dos familias se lamentaban á cual más, y presentaban instancia tras instancia, y recurso tras recurso. Si unos tenían de su parte á la señora de Subisa, los otros contaban con la señora de Roquelaure, antigua amiga del rey, no menos imperiosa, aunque menos potente.

La duquesa de Rohán se trasladó á Marly, forzó todas las puertas, la de la señora de Maintenón inclusive, y pidió á Luis XIV justicia contra el señor de León, arrojándose á los pies de Su Majestad.

El rey la levantó y procuró calmarla; pero no pudiendo conseguirlo y al ver que ella insistía, le dijo:

— ¿Conocéis la importancia de lo que solicitáis, señora? Nada menos me pedís la cabeza del príncipe de León.

— La quiero, quiero cuanto puedo tener de él, y que no continúe siendo dueño de mi hija.

El rey le prometió, en fin, plena justicia.

Como es de suponer, los recién casados amainaron velas, y se apoderó de ellos el miedo. La Roquelaure se deshizo en llanto, y temió por la vida de su esposo. Su padre levantó más la voz que la duquesa, obrando los dos en descrédito de su hija y conspirando para llevar al patíbulo al príncipe de León.

Luis XIV, que no quería ni lo uno ni lo otro, por bajo cuerda hizo hablar á los duques; parientes y amigos intervinieron y les propusieron un arreglo. Pero los de Rohán querían sacar más provecho de la situación. Poco les importaba su hijo, á quien, según ellos, le habría sido más provechoso un destierro que aquella boda; así se hubieran desembarazado de él decorosamente.

Esto prolongó por modo indecible las negociaciones; en vista de lo cual, el rey, apremiado por la señora de Subisa, vivamente interesada en pro de su sobrino, hizo lo que en su vida había hecho, esto es, interpuso su autoridad, ordenando que, para acabar de una vez, los casasen luego á luego, y no cupo sino obedecer contra viento y marea.

Mi amiga estaba guardada de vista; día y noche la rodeaban cinco ó seis monjas, para evitar que se evadiese.

Las dos familias, rechinando, prontas á embestirse una á otra, se presentaron en el convento de la Magdalena, y, celebrada la misa, el sacerdote bendijo la unión de ambos jóvenes, á quienes, por todo peculio, dieron quince mil libras de renta; luego les hicieron subir á una carroza, y sus augustos padres, dándoles una bendición truncada, les dijeron:

— Id adonde os plazca, nada obtendréis de nosotros.

El príncipe de León y su mujer se trasladaron al campo, y allí, aquel par de monotes idearon convertirse en héroes de novela, y adorarse, pero al

modo de Ciro y Mandana. Aquella casa pasó á ser lo que todos han visto después, una verdadera curiosidad, una casa de gitanos. Los príncipes empezaron por comprar al duque de Lorges los Brezos, cuna de su felicidad, y esto manifestándole que tal vez no la pagarían sino á sus nietos.

—Mientras nuestros padres conserven su bolsa, —dijeron,—nosotros viviremos con escasez! y, mientras vivan, conservarán su bolsa.

El duque de Lorges se avino, y les cedió los Brezos, que ellos hermosearon grandemente, y donde se arrullaron como tórtolas. Lo raro fué que los príncipes de León no cayeron en ridiculez, á pesar de la joroba de ella y la fealdad de él, gracias á sus respectivos talentos. La gente se acostumbró á visitarlos, y en los Brezos había continuamente personajes de la mayor distinción.

El de León y su mujer tratábanse mutuamente con mimo y guardábanse fidelidad sin que nadie tuviese qué decir.

—¡Chacho mío! —decía ella. — ¡Monona! —decía él.

Esto pasó á ser proverbial, y nadie hizo befa de ello.

Agréguese que, no obstante esta adoración perpetua, todo el santo día andaban á gritos; nunca estaban de acuerdo, y se decían mil picardías, acompañadas constantemente del *chacho* y de la *monona*, con un hociquillo eterno.

Había para morir de risa, y aun ellos se reían pasada la borrasca.

Las quince mil libras de renta de que disfrutaban eran como una gota de agua echada al río; gastaban seis veces más, pues de nada se privaban y recibían á todo el mundo. Así es que tras las deudas vinieron los expedientes, y después la cuasi miseria.

Los duques de Rohán vivieron casi tanto como los príncipes de León, y se obstinaron en no darles ni un óbolo. Nunca don Juan se mostró más atento con Domingo, que el príncipe y la princesa de León con sus acreedores, ni Mascarilla ni Escapín emplearon más subterfugios para conseguir dinero.

Más de una vez asistí á sus disputas, que verdaderamente eran jocosas.

— Chacho mío, mi garrido príncipe —decía su compañera, — ahí está el maestro de coches que á todo trance quiere llevarse la berlina que nos vendió el año pasado. No sé cómo apaciguarlo, y ello es preciso, pues no podemos ir á pie á Versalles. Has de confesar que tu padre y tu madre se portan pésimamente al retener lo tuyo y reducirte á tal extremo.

— Monona mía — contestaba el príncipe, — tus padres y los míos allá se van. Di ¿no sabes que el maestresala y el cocinero me están persiguiendo desde esta mañana para el arreglo de sus cuentas de gastos? Dicen que si hoy no les pago, esta noche no servirán la cena á nuestros amigos. Será lindo ¿te parece?

— Urge apaciguar á ese maldito maestro de coches.

— También urge cenar... Sin contar tu modista que me machaca día y noche.

— ¡Oh! ¡oh! ¡día y noche! — profirió la princesa sonriéndose con cierta fatuidad.

— Ayer, á las tres de la madrugada, estaba aquí.

— Supongo que no la viste.

— ¡Vaya una observación!... Pero ¿y la cena?

— ¿Y la berlina?

— Envíame ese rebelde maestro de coches.

— Y tú á mí el maestresala y el cocinero.

Entonces empezó una contradanza sumamente divertida. El príncipe tomó por su cuenta al maestro

de coches, lo deslumbró con frases y acabó por permitirle llevarse una vieja calesa de viaje y tres carricoches que había en la cochera. Y se dió mil norabuenas de este arreglo, que la princesa, como solía, se mostró enfurecida.

Verdad es que el príncipe no había acogido más benévola las moratorias de los de la cocina.

— Y bien, ¿cenaremos? — preguntó el príncipe á su mujer, tan pronto la vió.

— Cenaremos — contestó la princesa con placidez y segura de sí misma.

— ¿Qué? digo, si no hay indiscreción en preguntártelo.

— Ninguna. Hemos comprado una ternera.

— ¿Entera?

— Sí.

— ¿Y qué harás de ella?

— Chacho mío, nos la comeremos esta noche ó mañana, toda entera, hasta el pellejo, hasta la cola, y en tales salsas, que todos se chuparán los dedos.

Dichas estas palabras, la princesa hizo la minuta más grotesca y completa, de los diversos condimentos con que había de ser comida la ternera, y de las transformaciones que ésta iba á experimentar. Nada más ingenioso y divertido que aquella clasificación; yo parecía de risa.

— Pero, monona mía — exclamó el príncipe echando espumarajos de rabia, — ¿está pagada, á lo menos, la ternera?

— Ahí cabalmente lo mejor que yo he hecho, chacho mío — contestó la princesa, haciendo un arrumaco, según solía. — He dado al maestresala tres de nuestras viejas pelucas á la brigadiera, una caña de Indias, y el traje de terciopelo que manchaste el otro día. Esto es hacer bien las cosas.

El príncipe soltó un diluvio de *monona* y de otros

adjetivos, y la corcova de la princesa reía, pues bueno es saber que aquella corcova era inteligente; no sé cómo, pero es lo cierto que la joroba de la de León estaba alternativamente triste y alegre, graciosa, chancera y desesperada.

Era conocida la displicencia de la princesa vista de espaldas: sobre el particular, aquélla discurría de un modo increíble.

El famoso día de la ternera, apenas hubieron los príncipes salido de aquel apuro, se vieron metidos de hoz y de coz en otros. El patio estaba lleno de acreedores que voceaban y aullaban. La princesa, el príncipe y sus criados, que les querían, iban de unos á otros para apaciguarlos con promesas y amenazas, y así pasaba diariamente, hasta las seis de la tarde.

Al sonar la campana, los acreedores desaparecían sin necesidad de echarlos á la calle; estaban adiestrados así y sabían que tenían que hacer sitio á la concurrencia que se presentaba de visita, la más numerosa y escogida.

— ¡Medrados estamos, monona! — exclamó repentinamente el príncipe, — hace un frío polar, y no tenemos leña. ¿Cómo nos calentaremos?

— Ya he provisto, no te apures — contestó la desahogada gibosa.

Efectivamente, al entrar en el comedor, vimos una llama deslumbradora que no menguó ni por un solo instante, y sin embargo, hubiéramos tiritado á no ser las agudezas de los comensales, la ternera servida en su punto, y los vinos del señor Argensón, de que se hizo gran consumo y prestaron calor.

En cenando, tuve la curiosidad de sondear aquel enigma, y abriendo la puerta de la estufa, vi en ella una lámpara.

Tal estado de cosas duró en aquella casa treinta años. Durante toda una cuaresma se alimentaron de manteca de Bretaña, y cuando, por acaso, entraba en ella un buen bocado, el señor de León lo tomaba, sin andarse con tapujos. Con todo esto, la casa de los Brezos estaba en ocasiones concurridísima, y casi diariamente y sin ser esperadas, cenaban en ella veinte personas. La mesa y los manjares eran elásticos.

Los príncipes de León, al morir sus padres, lo pagaron todo. En cuanto á la princesa, al enviudar heredó, por partes iguales con su hermana la princesa de Pons, la cuantiosa fortuna de los Roquelauze, y desde entonces se volvió tan avara, que, la víspera de su muerte, regateó su ataúd.

¡Cómo varían las personas!

V

Dije que la historia del Niño Jesús de cera había influido grandemente en el resto de mi vida: vale la pena explicar cómo. Tenemos la desgracia de haber nacido en un siglo filosófico que todo quiere explicarlo, en que los niños vienen al mundo discutiendo. Es una como epidemia extendida sobre las creencias, para destruirlas todas, y Dios sabe las consecuencias que de ello tocarán nuestros nietos.

A propósito de nietos, los míos están en mi antecámara moviendo un alboroto capaz de despertar á los Siete Dormidores. No sé lo que ellos creen, pero obran de manera que no puedo dudar de su presencia en mi casa.

Para una pobre ciega á la cual únicamente le

queda por compensación el oído, los chicos son una verdadera molestia.

La disposición de nuestro tiempo y las incertidumbres para lo venidero, las pinta la siguiente frase, atribuída á Luis XV:

— Mi sucesor saldrá del atolladero como Dios le diere á entender; el estado de cosas presente, bien durará tanto como yo.

El presidente Henault, que vivía en la intimidad del rey, ha constantemente afirmado que eso no era verdad, y que Luis XV era incapaz de alentar tan poco caritativo sentimiento. En cuanto á mí, lo ignoro; lo fijo es que la demolición se ha extendido á todas partes, y que en su lugar nada veo alzarse. En verdad, eso es tristísimo para los que reflexionan. Yo siempre he dicho á *mis amigos* los filósofos:

— Si nos demostráis que somos absurdos, que eternamente lo hemos sido al creer en la religión, guardando los principios y los usos de nuestros mayores, á lo menos enseñadnos otra cosa en equivalencia. No se puede hacer así tabla rasa sin dejarnos una ficha de consuelo.

— Señora, los hombres *deben* no tener necesidad de eso; *deben* comprenderlo, analizarlo todo por virtud de su inteligencia, remitiéndose únicamente á la naturaleza, á la bondad del Creador, sin enfascarse en ese farrago de ideas ridículas, á que han apellidado religión y ley. Venimos para talar la selva de preocupaciones.

— ¡Ah! — dije — ¿conque es para eso que hacen ustedes tantos fogotes?

No me han perdonado la frase, cuanto más que ha circulado por tertulias y cenas. Ya los verán Vds. en la labor, y entonces juzgarán si me engaño.

En fin, sea lo que quiera — pues tengo para mí

T. 1

30030

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1925 MONTECARMEL